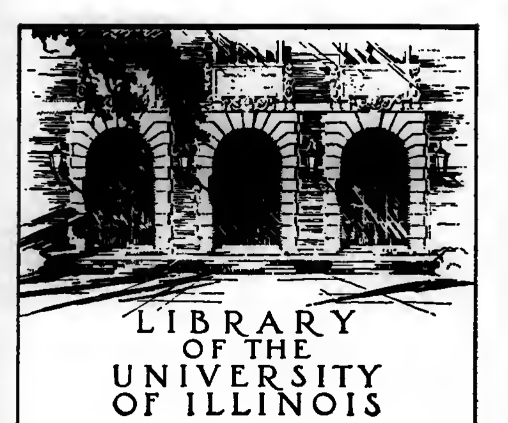




JOYELES

EFRÉN REBOLLEDO

IBRERÍA DE LA Vda DE CH. BOURET
PARÍS — 23, Rue Visconti, 23
MÉXICO — 14, Cinco de Mayo, 14

JOYELES



EFRÉN REBOLLEDO

EFRÉN REBOLLEDO

JOYELES



LIBRERÍA DE LA Vda DE CH. BOURET

PARÍS
23, Rue Visconti, 23

MÉXICO
14, Cinco de Mayo, 14

1907

EFRÉN REBOLLEDO

Después de una crisis romántica exteriorizada en *lieder* de ingenuo erotismo y en rondeles indecisos y tímidos, Efrén Rebolledo se reveló bruscamente como un vigoroso poeta artista, dueño de sutil virtuosidad y de técnicas triunfadoras.

Pasó el crisalidismo de la iniciación, el sueño laborioso del gusano de seda, y después del letargo, surgió del capullo juvenil un numen que no fué la vulgar danaide, la eterna mariposa blanca que confundida en la parvada monocroma rondaría eternamente colzas y remolachas en la hortaliza de la literatura inferior.

No, de aquella obscura crisálida surgió al alba gloriosa una rara falena, extrañamente matizada y luciendo

en el sombrío terciopelo de sus alas los más extraños arabescos de oro.

Una extraña falena que huyendo el pleno día de la vulgaridad irritante, buscaba misterios nocturnos y vaguedades vesperales, libando acres mieles y alucinadores rocíos en los carnales cálices de imponderables orquídeas.

Rebolledo entró en la literatura por la puerta gótica-flameante que Huysmans erigió como arco monumental de triunfo, y por eso su numen fraternizando con Des Esseintes en dilecciones, ama lo extraño, lo impoluto, lo virginal, así lo encuentre en el nectario de una flor maldita ó en el carapacho rutilante del quelonio gemado, bestia familiar en el « lararium » del héroe paradojal.

« El Enemigo », « Cuarzos », « Hilo de corales », se llaman los tres libros con que Rebolledo ha enriquecido la literatura modernista.

El primero es una « nouvelle » de prestigiosa factura, influenciada un tanto por el sabio arquitecto de « La Catedral », pero saturada de una emanación personal que en breve se condensará aquilatando un carácter.

« Cuarzos » es una suntuosa vitrina cuyos anaqueles de palisandro sustentan marfiles preciosos, orfebrerías

deslumbrantes, « figulinas » á la Palissy y estatuillas modeladas con la arcilla de una Tanagra ideal.

« Hilo de corales » que acaba de aparecer, extrema la nota refinada y afirma la virtuosidad pasmosa y la técnica siempre admirable.

Todo es hermoso en tan bello libro, pero entre sus preciosidades culminan las poesías : « El Sátiro », y la titulada « De Hoffmann » ; esta última es una deliciosa *trouvaille* digna de ser ejecutada al agua fuerte por la satánica punta seca de un Rops.

Hasta hoy Efrén Rebolledo se ha revelado como un admirable poeta artista. Su estudio, su labor obstinada han hecho de su numen el de un alquimista transmutador, que con un puñado de arcilla ha hecho, al fuego de sus crisoles, el « lapis philosophorum », el oro espléndido y triunfante.

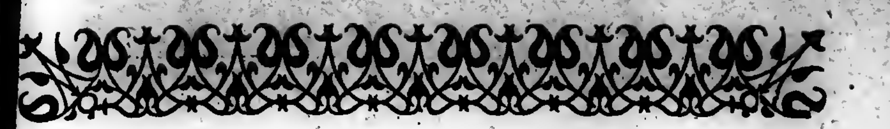
Indudablemente la Vida golpeará rudamente ese corazón y quién sabe entonces, entre las ruinas del alcázar conmovido por el formidable ariete, qué hondo y sonoro, qué grande y humano sea el grito de dolor ó de pasión que vibre sobre las orfebrerías y las « figulinas » hechas polvo...

José Juan Tablada.

CUARZOS

Sculpte, lime, cisèle,
Que ton rêve flottant
Se scelle
Dans le bloc résistant.

Th. Gautier.



PRÓLOGO

Á José Juan Tablada.

Uncioso amante de opulentos
Cofres cuajados de ornamentos,
Donde guardar mis pensamientos,

Viví en el místico santuario
Del Arte, y mudo y solitario
Como paciente lapidario,

En las sortijas y diademas
Rimé sonetos y poemas
Con las estrofas de las gemas,

Puliendo joyas de oro fino
Para que ardiera mi divino
Sueño en esmalte peregrino.

Por su tersura y transparencia
Grabé en la clara refulgencia
De los diamantes mi paciencia.

Mi fe es el jaspe veteado,
Y en el zafiro inmaculado
Está mi anhelo cincelado.

Con el carbunclo que derrama
Su luz más roja que una llama
De mi amor digo la flama.

En la turquesa de agua pura
Ríe destellos mi ventura
Y llora el ónix mi amargura,

Y así, labrando en la faceta
De los cristales ó en la veta
De oro el ensueño del poeta,

Al pensamiento más sencillo
Le transmití pureza y brillo
Con los cinceles y el martillo.





SANTA TERESA

El misticismo de la celda : brilla
En la sombra el reflejo de la lámpara,
Oscilando como una moribunda
Pupila que se estrecha y se dilata.
Qué tristeza en la llama que agoniza,
Qué blancas las paredes de la estancia,
Qué implacable silencio de sepulcro
En la indecisa claridad. La Santa
Reposa sobre el lecho inmaculado,
El lecho que se eleva como un ara
En uno de los ángulos sombríos ;
Por su frente que han hecho mustia y pálida
Tanta meditación y tanto ayuno
Corre el sudor en transparentes lágrimas ;

Sus ojos siempre abiertos por el éxtasis
Se entornan abatiendo sus pestañas;
En sus labios enjutos y apacibles
Perfumados con mirras de plegarias
Se despiertan los besos voluptuosos,
Y sus brazos, más blancos que las sábanas,
Queriendo rodear algo invisible,
Se retuercen, se agitan y se enlazan.
Sueña : sueña que el Cristo macilento,
El cuerpo exangüe y celestial que ama,
Sonríe tras su mueca de amargura,
Que sus frescas heridas se restañan
Y sus lívidos miembros se coloran
Y se cierran las bocas de sus llagas;
Sueña que su mirada se ilumina
Y del madero ignominioso baja
Más radiante que un ángel y más bello
Al lecho que se eleva como un ara,
Y que mezclan y juntan sus alientos
Y que sus cuerpos vírgenes se enlazan,
Y que en un beso trémulo y sonoro
Se confunden sus bocas invioladas.





TIBI, REGINA

Clamando á tu piedad en mi suplicio,
Como en un claustro lloro en mi amargura,
Hincándome las puntas de un cilicio
De anhelo que me hiere y me tortura.

Tu solo nombre mi aflicción modera,
Y cuando á ti suspiro y en ti pienso,
Perfuma mi aflicción como si fuera
Tu nombre un grano de oloroso incienso.

¿Me verás con tus ojos soñadores,
Y me darás tus manos bendecidas
Cuando hayas comprendido mis dolores
Y cuando hayas tocado mis heridas?

Cuando hayas comprendido mis dolores
Y cuando hayas tocado mis heridas,
Me verás con tus ojos soñadores
Y me darás tus manos bendecidas.

Eres la fuente que la sed apaga,
Eres sombra apacible, eres frescura,
Y para el corazón que es una llaga,
Un bálsamo divino de ternura.

Mi amor fundir espera tus enojos,
Y ya mi amor ha visto á la esperanza
En el azul abismo de tus ojos
Relucir como el signo de la alianza.

Y quiere tu bondad mi sufrimiento,
Y ante tu solio mi pasión se inclina,
Oye mi voz, alivia mi tormento,
Turris eburnea, stella matutina.





LA CANCIÓN DEL TROVERO

Á Luis G. Urbina.

Mis castillos he trocado por los lauros del trovero,
Por la lira mis esmaltes y mis nobles oriflamas,
Y en los blancos plenilunios, cual Vidal aventurero,
He cantado los amores; soy el bardo de las damas.

Y el enojo de las damas he sufrido como Arnaldo,
Cual Rudel he sorprendido las bellezas más adustas,
Y pregona mi linaje la trompeta del heraldo
En las iras del torneo y en las glorias de las justas.

El sentido he descifrado de los viejos armoriales,
Y conozco la inocencia por la plata de las frentes,
La virtud por las doradas cabelleras señoriales
Y el candor por el armiño de los hombros transparentes.

Los sinoples agresivos de los ojos me han herido,
El azur de las ojeras me ha confiado sus secretos,
Y á los ojos verdioscuros mis rondeles he ofrecido
Y al azur de las ojeras he cantado mis sonetos.

En los gules de los labios abrevé mis ilusiones,
En los lises de los senos he guardado mis quimeras,
Y he rondado las ventanas adornadas de blasones
Sorprendiendo rostros blancos á través de las vidrieras.

En el mote de mi empresa preconizo mi bravura
Y en el puño de mi estoque mi blasón es un tesoro :
Un escudo, y como emblema de esperanza y de bravura
En su campo que es de sable reluciendo un fénix de oro.





LOS BESOS

Dame tus manos puras : una gema
Pondrá en cada falange transparente
Mi labio tembloroso, y en tu frente
Cincelará una fúlgida diadema.

Tus ojos soñadores, donde trema
La ilusión, besaré amorosamente,
Y con tu boca rimará mi ardiente
Boca un anacreóntico poema.

Y en tu cuello escondido entre las gasas
Encenderé un collar, que con sus brasas
Queme tus hombros tibios y morenos,

Y cuando al desvestirte lo desates,
Caiga como una lluvia de granates
Calcinando los lirios de tus senos.





EL SONETO

Á Jesús E. Valenzuela.

Heraldo de su fama y donosura
Blasona el primer verso su llegada,
Y aparece en la liza engalanada
El Soneto ajustado en su armadura.

El generoso ardor de su montura
Contiene con la brida refrenada
Y acariciando el pomo de su espada
En los firmes estribos se asegura.

Bajo la luz del cielo esplendoroso
Excita con la espuela á su fogoso
Palafrén que se lanza á la carrera,

Y después de la lid muestra el valido
Justador la hermosura de un garrido
Príncipe al levantarse la visera.





LA LLUVIA

Rompe sus collares
De aceradas cuentas
La lluvia tediosa,
Y en tristes cantares
Y baladas lentas
Mi fastidio glosa.

Sus finos cabellos
Cuelgan en manojos
De alambres sutiles,
Y el dolor tras ellos,
Húmedos los ojos
Muestra sus perfiles.

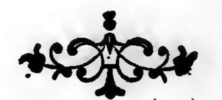
Lúgubre, doliente,
Mi fastidio lloras,
Lluvia, lluvia vana,
Y tediosamente
Las triviales horas
Tu rueca devana.

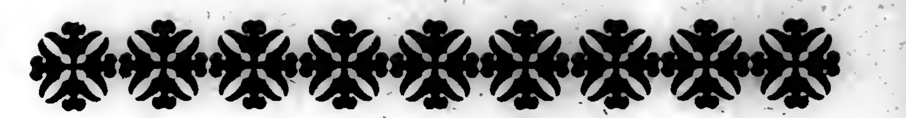
Finges con tus notas
Querellas extrañas,
Rezos conventuales,
Y corren tus gotas
Cual grises arañas
Sobre los cristales.

Echado en la alfombra
De obscuros florones
El lebrel bosteza,
Y su larga sombra
En los corazones
Tiende la tristeza.

Porfiado, porfiado,
En la calle suena
Tu repique lento,

Y su son cansado
Traduce mi pena
Y mi aburrimiento.





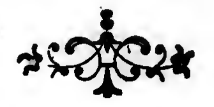
HACIA EL IDEAL

En los vagos ponientes de amatista
Han cansado sus ojos mis anhelos,
Como si la esperanza tras sus velos
Flotantes se escondiera de mi vista.

Infortunios de amor, ansias de artista
Me han herido, y en busca de consuelos
Han cansado sus ojos mis anhelos
En los vagos ponientes de amatista.

Ideal, me encamino á tu conquista,
Y mirando saludos de pañuelos

Y temblar peinadores de batista
En los vagos ponientes de amatista
Han cansado sus ojos mis anhelos.





LAS GOLONDRINAS

Una turba locuaz de golondrinas
Atravesó rozando mi vidriera,
Y vi cómo tembló la enredadera
Al rumor de sus charlas argentinas.

Ya en el haz de las aguas cristalinas
Va anunciando la alegre primavera
Después de atravesar por mi vidriera
La parvada locuaz de golondrinas.

Hoy escucho algazaras matutinas,
Hoy vib o de placer, mas, ¿ qué me espera

Mañana, cuando deje las ruinas
La parvada locuaz de golondrinas
Que atravesó rozando mi vidriera?





AUSENCIA

El corazón enfermo de tu ausencia
Espira de dolor porque te has ido;
¿En dónde está tu rostro bendecido?
¿Qué sitios ilumina tu presencia?

Ya mis males no alivia tu clemencia,
Ya no dices ternuras á mi oído,
Y espira de dolor porque te has ido
El corazón enfermo de tu ausencia.

Es en vano que finja indiferencia,
En balde busco el ala del olvido

Para calmar un poco mi dolencia,
Mi corazón enfermo de tu ausencia
Espira de dolor porque te has ido.





CANSANCIO

Una tupida nube, un denso manto
De olvido desvanece mi quebranto,

Y no me queda más de mi tormento
Que un triste y silencioso desaliento,

Que un cansancio que busca una almohada
Para apoyar su frente fatigada.

Una quieta y glacial convalecencia
Sucede á la agudez de mi dolencia,

Marca apenas mi frente ensombrecida
La cicatriz reciente de mi herida,

En los vagos crepúsculos ya empieza
Mi alma á divagarse en la tristeza,

Ya no me queda más de mi tormento
Que un triste y silencioso desaliento.

En las pálidas tardes miro al día
Recostarse en la incierta lejanía,

Columbra mi mirada en los caminos
Siluetas de cansados peregrinos,

Veo ramas caídas de saúces
Y espaldas fatigadas por sus cruces,

Me figuro mirar en las sabanas
Del desierto un cordón de caravanas

Escrutando los yermos arenales
En pos de hospitalarios palmerales,

El triste desaliento dondequiera
Vertiendo su sopor de adormidera,

Mi cansancio que busca una almohada
Para apoyar su frente fatigada.





LA BORDADORA

Á Manuel José Othón.

Acompañada por un lloroso
Susurro de hojas primaverales,
En su ventana del Norte umbroso
La lluvia tiende sus grises chales.

Con sus madejas de fina lana
Oculta el aire tenue y ligero,
Y en el cuadrado de tu ventana
Prende embutidos color de acero.

Entre las blondas de tu cortina
Tu mano á ratos su dorso asoma,
Mano luciente y alabastrina
Como el plumaje de una paloma.

Tras el encaje brillante y fino
Que forma el agua la aguja mueve,
Y en tu pañuelo de blanco lino
Dibuja flores color de nieve.

El ágil duende del aguacero
Hiere los vidrios incomodado,
Y hace que suene su pie ligero
Como un martillo sobre el tejado.

Ya en los aleros perlas desgrana,
Ya con las balas de sus granizos
Mata en los tiestos de porcelana
Las crisantemas de blondos rizos.

Vencida al cabo por sus intentos
Dejas tu aguja que pinta flores,

Y vuelves todos tus pensamientos
Á los jardines de los amores.

Atrincherado tras mi vidriera
Yo un delicioso libro leía;
Verlaine lleno de fe sincera
Y quejumbrosa melancolía.

Y el mismo duende cabecicano
De ojos lucientes de travesura
Que con sus artes paró tu mano,
Quitó los ojos de mi lectura.

Á ti tornados miré tu cuello,
Las frescas rosas de tus mejillas,
Y las guedejas de tu cabello
Más relucientes que las gavillas.

Miré tus brazos tersos y flojos
En tus rodillas abandonados,
Y tus amantes y dulces ojos
Por el arrobo transfigurados.

Al brillo entonces de un raudo sueño
Pensé en las manos plenas de dones,
En un semblante dulce y risueño
Y en los bordados de los nipones,

Y deslumbrado por tu belleza
Que más realzas con tu decoro,
En el brocado de mi tristeza
Bordé ilusiones color de oro.





AURORA

Entre un fragor de trueno pasó el desfile heroico :
Chocaban los estoques, sonaban los tropeles,
Flotaban las banderas, temblaban los laureles,
Y bravos caballeros, todos de porte estoico,
Pasaban y pasaban en rápidos corceles.

El aire estaba lleno de toques de clarines,
De rojos estandartes y flámulas de raso,
Y allá en la línea vaga y azul de los confines,
En medio de las nubes violetas del ocaso
Perdíanse los fieros y raudos paladines.

Y, ¿ qué era aquel estruendo, qué aquel rumor de ola,
Qué aquellos estridentes clamores de campaña,
Quiénes los jefes nobles y la falange extraña
Que simulando un monstruo de formidable cola
Salvaba el escarpado talud de la montaña ?

Aquel era el desfile solemne hacia el pasado
De un siglo que cantaba sus glorias y fatigas,
Y se escuchaba el eco monótono y ritmado
De la imponente marcha, y en el confín dorado
Brillaban como antorchas los cascos y lorigas.

Iban invictos jefes con férreas armaduras,
Poetas cuyos cantos vibraban como un trino,
Matronas venerables de blancas vestiduras,
Y sabios majestuosos de quietas aposturas
Y graves oradores de verbo sibilino.

León Trece volcaba sus cálices de bienes,
Bismarck el inflexible y Bonaparte el duro
Montaban fieramente sus broncos palafrenes,
Y Byron, el más grande, marchaba en el obscuro
Camino con un nimbo de rayos en las sienes.

Y luego los anónimos, después los infelices,
Después las muchedumbres mermadas y confusas,
Los Odios contemplando sus frescas cicatrices,
Y todas las Venganzas irguiendo las cervices
Y una legión colérica de desgarradas blusas.

Marchaba el siglo hermoso con su botín de gloria
Al frente de sus hijos robustos y bizarros,
Y abriendo con su lanza los gonces de la Historia,
Entraba conduciendo sus relucientes carros
Entre himnos retumbantes y dianas de victoria.

Tendidos en el campo quedaban los protervos
Ladrones de coronas, los amos de los siervos,
Los déspotas segados por los puñales rojos,
Y en medio de la arena sembrada de despojos
Rondas de orlados buitres y de voraces cuervos.

Y aquel egregio Siglo batallador y fuerte,
Magnífico en la ciencia y exótico en el arte,
Pero caduco al cabo, dobló la testa inerte,
Y se arrojó al misterio y se entregó á la muerte
Envuelto en la mortaja triunfal de su estandarte.

Y, ¿ qué sentiste entonces, Humanidad ? ¿ qué anhelo
Tuviste en las tinieblas de aquella noche rauda,
En que miraste llena de luto y desconsuelo
Que muchas de tus rosas rodaban en el suelo
Barridas por los paños de una crujiente cauda ?

¿ No viste á muchos sueños volar hacia el olvido,
No te sentiste herida por dagas de tristeza,
Ni desgarraste en signo de duelo tu vestido,
Ni te mesaste el largo toisón de tu cabeza,
Ni te arrojaste al polvo privada de sentido ?

Y cuando consumiste la copa de tu justo
Dolor, ¿ no viste un orto de resplandor poético,
Y en medio de sus luces al Campeón augusto
Que levantaba el brazo con ademán adusto
Y dominaba el orbe con su mirar profético ?

¡ Oh sí ! sí lo miraron con ansia tus pupilas,
Miraste sí al naciente Siglo avanzar delante
De las Quimeras blancas y los Ensueños lilas,
Y oíste la trompeta rotunda y deslumbrante
Que te arrastraba al grueso torrente de sus filas.

Observa al mensajero : viene con un legado
De redentora ciencia y de arte sin pecado,
De zumos de placeres y bálsamos de duelos,
Y alzándose del hondo sepulcro del pasado
Lo colman de presentes los siglos sus abuelos.

Y vanse victoriosos. Despunta la tranquila
Silueta del Primero : su blonda cabellera
Es la de Cristo y vierte bondades su pupila,
Después el rudo Quinto se lanza á la carrera
Trayendo á la memoria los ímpetus de Atila.

El Décimo medroso, metido en su sudario
Y huyendo del horrible fantasma del infierno
Desgrana en sus huesosas falanges un rosario,
Y siguen sus pisadas en desfilar eterno
Los briosos Doce y Trece que vieron el Calvario.

El gran Quince de Italia, de pensadora frente,
Seguido de una corte de blancas esculturas
Desfila sosteniendo su tiara refulgente,
Y en su gloriosa marcha desliza fieramente
En gradas de alabastro sus regias vestiduras.

El trágico Dieciocho de pie entre las pavesas
De la opresión, desliga sus águilas francesas,
Y lleno de amenazas y con su gorro frigio,
Soberbio y deslumbrante de gloria y de prestigio
Avanza entre dos filas de augustas marsellesas.

Y con los pies cubiertos de polvo y con las manos
Heridas, repartiendo la muerte á los tiranos,
Mostrando á los desnudos la ruta hermosa y breve,
Y abriendo un surco de oro se va con sus hermanos
Entre un clamor de voces el púgil Diecinueve.

Estos viriles jefes han sido los mayores
Del Veinte poderoso que agita su bandera
Reuniendo las falanges de invictos luchadores,
Y al son de sus fanfarrias y al son de sus tambores
Traspone con la Aurora la abrupta cordillera.

Y pues que ya cerraste la gruta funeraria
De tus ilustres Manes, pues que tu cáliz lleno
De luto has apurado, recita tu plegaria,
Y al recorrer la estepa desnuda y solitaria,
Sigue á Zola, el Valiente, y oye á Tolstoi, el Bueno.

Y ahora á la batalla; riega la dura arcilla
Con tu sudor fecundo, recoge la gavilla
De granos de oro, bota tu nave á los estuarios,
Mueve tus grandes máquinas, y arroja tu semilla
De sueños á la tierra de fértiles ovarios.

Torna al combate rudo, piensa, genera, siente;
Exprime tu cerebro, sigue tu austera vida;
Lacera y despedaza tu corazón valiente,
Junta tu llanto acerbo, cuaja tu sangre ardiente
Y enclaustra en el estudio tu juventud querida.

Y allá brilla la Nueva Jerusalén, la santa
Ciudad de tus anhelos, allá en el horizonte
Relucen sus baluartes y pórticos, mas, ¡cuánta
Sangre caliente y roja derramará tu planta
En las hostiles peñas para escalar el monte!

Allí están sus almenas, atrás de la espesura
Tupida de jaguares; allá tras esa falda
De enmarañado cerro, salvando la bravura
De las crueles rocas, encontrarás la pura
Ciudad de muros de oro, de jaspe y de esmeralda.

Allí exultarán todos, allí comerá el falto
De bienes y el magnate, verán los que no han visto,
Y al resplandor del cielo de plata y de cobalto,
Más alto que las cumbres, y con su cruz en alto,
Congregará á los hombres el nuevo Jesucristo.





FAUNALIA

Á Ciro B. Ceballos.

Lloró la Danza en el teclado,
Y entre la luz y los aromas
Del camarín flordelisado,
Como un suspiro sofocado
Sonó un arrullo de palomas.

Atormentaban los turgentes
Senos el lino de las batas,
Y en las alfombras insolentes
Se deslizaban indolentes
Las zapatillas escarlatas.

Desparramaban sus reflejos
Ojos, zafiros y diamantes,
Y retrataban los espejos
Los azabaches y oros viejos
De los toisones lujuriantes.

Chipris brindaba su ambrosía,
Baco sus uvas y sus lauros
Y en el desorden de la orgía
El baile lúbrico seguía
Como un galope de centauros.

Sangraban labios de granate,
Tentaban bocas hechiceras,
Y las lujurias su acicate
Encarnizaban en el mate
De las olímpicas caderas.

Bregaba el pecho sofocado
Por el fulgor y los aromas
Del camarín flordelisado,
Y suspiraba en el teclado
Una parvada de palomas.

Las crespas barbas en horquilla
Acariciaban la caduca
Coloración de la mejilla,
Ó resbalaban su cosquilla
Por el armiño de la nuca.

Y en los espejos biselados,
De aguas glaciales y serenas,
Se destacaban reflejados
Broncos tritones irritados
Ciñendo grupas de sirenas.





ESTAMPA

Á José Joaquín Gamboa.

No recuerdo si en un breve antifonario
Que ensangrientan purpurinas iniciales,
Ó en las góticas ventanas de un santuario
Encendido por las luces vesperales,

Vi un emblema doloroso y amoroso,
Un ardiente corazón que como un cirio
Esparcía sus destellos sin reposo
Atizado por su amor y su martirio.

Y pensé : solo el divino Nazareno
Puede ser inaccesible á las miserias,
Y trocar en mirra y bálsamo el veneno
Que difunde la amargura en sus arterias.

Solo Él sabe como lámpara ferviente
Mantener su corazón siempre encendido,
Que su sangre sacrifica dulcemente
Por abrojos penetrantes oprimido.

Mas los nuestros, corazones infelices,
Enconados por la ortiga del anhelo,
Y con siglos de indelebles cicatrices
Aun después de la expiación y del consuelo,

¡ Oh ! los nuestros están llenos de maldades,
Son humanos, son capaces de perfidias,
Frascos plenos de vitriolos, de impiedades,
De venganzas, de ponzoñas y de envidias.

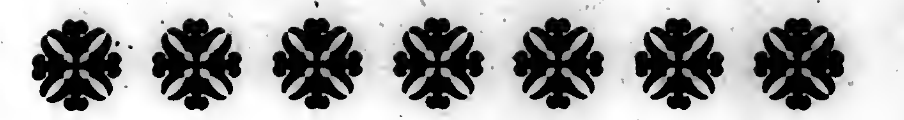
Y los ojos en el símbolo doliente
Del piadoso corazón siempre encendido,

Que su sangre sacrifica dulcemente
Por abrojos penetrantes oprimido,

. . . .

Pedí amor para los tristes corazones
Que son vasos de blasfemias y de agruras,
Porque están envenenados con pasiones
Y apretados por cilicios de amarguras.





VOTO

Destaparé mis ánforas de esencia
Y prenderé mis candelabros de oro
Cuando la diosa pálida que adoro
Llene mi soledad con su presencia.

En su pelo de blonda refulgencia
Y en su labio odorífico y sonoro
Hay el fulgor de un candelabro de oro
Y el perfume de un ánfora de esencia,

Vendrá con su ropaje de inocencia
É incitando mi ardor con su decoro,

Pero al fin gozaré de su opulencia
En medio de mis ánforas de esencia
Y mis ardientes candelabros de oro.



CREPÚSCULO

Á Balbino Dávalos.

Dulcemente,
El doliente
Sol se esfuma
Tras la bruma
De áurea espuma
Del poniente.

De los cielos
Cuelgan velos
Y brocados

Mordorados,
Y violados
Terciopelos.

Rostros bellos,
Finos cuellos,
Dulces ojos,
Labios rojos,
Nudos flojos
De cabellos.

Cuantos dones
É ilusiones,
Cuando hay viudos,
Cuando hay mudos
Y desnudos
Corazones.

El santuario
Solitario
Lanza al viento
El lamento
De su lento
Campanario.

Y en la bruna
Noche, entre una
Nube errante,
Surge avante
El octante
De la luna.





LA VEJEZ DEL SÁTIRO

Á Luis Barreda.

Junto con los silvanos juguetones
Animó las florestas sosegadas,
Y enseñó á las sonoras enramadas
Á repetir sus rústicas canciones.

Á la sombra de verdes pabellones
Desfloró pudorosas hamadriadas,
Y corrió tras las ninfas asustadas
Al par de los centauros garañones.

Hoy el soplo glacial de los inviernos
Ha doblado las puntas de sus cuernos,
Su flauta de carrizos está muda,

Y lleno de pesares y congojas,
Al mirar una náyade desnuda
Suspira de impotencia entre las hojas.





CUÑO

Era un perfil austero de líneas de medalla,
Gestos y porte duros, indómita cabeza,
Y en su cruel pupila reflejos de batalla,
Y en sus altivos labios blasones de grandeza.

Su acento era como una vibrante melodía,
Su cabellera un casco bruñido y luminoso,
La lumbre de sus ojos qué ardiente mediodía,
Sus senos qué suave cojín para el reposo !

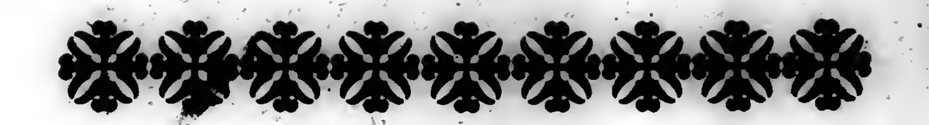
¡ Oh ! juventud, y entonces sonaron tus esquilas,
Y entonces las estrofas de brillos estelares

Bogaron en mi sueño de láminas tranquilas
Como en las quietas fuentes los cisnes familiares.

Bramó mi sangre entonces como turbión deshecho,
Corrió mi sangre hirviente como el alud que rueda,
Y golpeó la dura muralla de mi pecho
Como tenaz martillo que bate una moneda.

En mi éxtasis inmóvil forjaba su sonido
Afanes de conquista y ardores de batalla,
Y el golpe de la sangre, fogoso y repetido,
Grabó en mi pecho el busto de líneas de medalla.





BELKISS

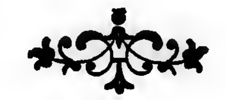
Á Bartolomé Carbajal y Rosas.

Detén, Belkiss, tu tropa de elefantes
Ante el caliente nidó de mi tienda,
Y entra, maga gentil de mi leyenda,
Con tu traje de telas deslumbrantes.

Muéstrame tus perfumes, tus diamantes,
Los cofres y las copas de tu ofrenda,
Y deja reposando ante mi tienda
La tropa de tus blancos elefantes.

Y cuando ya en mis labios tremulantes
No encuentres más fermento que te encienda,

Envuélvete en tus sedas coruscantes,
Y con tu blanca tropa de elefantes,
Huye, Belkiss, del nido de mi tienda.





SAUDADES

(Á LA MANERA DE LOPE)

Á Federico Gamboa.

¿Do estays, fieles amigos, novia pura,
Que no habeys contestado á mis clamores,
Vosotros, que sabedes mis dolores,
Ella que me premió con su ternura?

Cielo azul de la patria, la ventura
Perdí de contemplar tus esplendores,
Y sin verte son pálidas las flores,
El campo triste, la mañana escura.

Venid con vuestra voz arrulladora,
Membranzas de mi cuita compañeras,
Á recordarme el bien que me enamora,

Volved, volved, memorias lisonjeras,
Con tan rápido vuelo como agora,
Ó si quereys con alas más ligeras.





HERMANA DE LA CARIDAD

Con tu traje que muestra la nieve pura
Y el azul inviolado de las montañas,
Caminas con los óleos de tu dulzura
Y el rosario pendiente de tu cintura
Aliviando en el mundo cuitas extrañas.

Ocultas tus encantos para ser más divina:
Con la cofia tapaste tus ojos bellos
Como el sol tras los velos de la neblina,
Aplastaste tus senos de punta fina
É hiciste el sacrificio de tus cabellos.

Pero no aprisionada por las cadenas
De votos infrangibles calmas tus penas
Con éxtasis ociosos y ruegos vanos,
Abdicando del mundo donde tus manos
Deben regar las flores de que están llenas.

Tú mitigas las fiebres con tus desvelos,
Abres tus brazos tiernos y hospitalarios
Á los que sienten hambre de tus desvelos,
Y allí donde aparecen todos los duelos
Te presentas con todos los electuarios.

No serás para el novio la prometida,
Para el placer tu carne no será yedra
Que entrelace sus miembros desfallecida,
Ni alumbrará tu seno, fuente de vida,
Porque lo has vuelto estéril como la piedra.

Pero mojas los labios de los sedientos,
Pero secas las llagas con tus ungüentos,
Y destapas tu pecho donde hay raudales
De bondad, como un vaso de aguas lustrales,
Endulzando pesares y sufrimientos.

Y para que mermaras la pena humana,
Para que en los combates fueras concordia
Y en los lechos dolientes fueras tisana,
Para que como el Cristo marches, Hermana,
Difundiendo á tu paso misericordia,

Ningún laurel terreno te ha seducido :
Ni anhelos de riqueza ni ansias de gloria,
Pues es tan extremado tu afán de olvido,
Que por dejar tu celo desconocido
Has borrado tu nombre de tu memoria.



HILO DE CORALES

Á mis amigos los artistas y redactores de LA REVISTA MODERNA *de México.*



YO NECESITO TU MANO NEVADA

Yo necesito tu mano nevada
Sobre mi frente ardorosa posada
Para sentir un calor de alborada
Cuando me toque tu mano nevada.

Yo necesito las fuentes serenas
De tus pupilas amadas y buenas
Para lavarme de culpas y penas
Con la virtud de sus aguas serenas.

Y necesito tus largos cabellos
Que me parecen un haz de destellos
Para llorar y enjugarme con ellos,
Con tus castaños y largos cabellos.



RELIQUIA

Me llevé el deslumbramiento
De tu blanquísima tez,
Y en mis manos voluptuosas
La sensación de tu piel,
Y recordaba tu imagen,
Acordándome también
De las liras, de las ánforas
Y de las alas, tal vez,
Porque remedan contornos
Y gálibos de mujer,
Y en la noche saturada
De tu memoria, soñé
Que era un escultor de Atenas,
Y que estaba en un taller

Lleno de hermosas estatuas
Del Arte y la Forma prez,
Y que tú estabas desnuda
Y mi labio era un cincel,
Y que pulía tu cuerpo
Muriéndome de placer
Desde tu bendita frente
Hasta tus divinos pies.





SILUETA

Te sorprende la lluvia repentina
Discurriendo en el parque sombreado,
En donde con coqueto desenfado
Gozas de la frescura vespertina.

Para evitar la racha cristalina
Esgrimes tu paraguas desplegado,
Que suena cual si fuera fustigado
Con los cordones de una disciplina.

Apenas guarecida por tu escudo,
Marchas con paso rápido y menudo
Escapando del agua que te asedia,

Y miedosa del suelo humedecido,
Alzas pérfidamente tu vestido
Mostrando la negrura de tu media.





COMO UNA AMANTE MIRADA

Como una amante mirada
Relucía tu bañera,
Llenándose de ligera
Linfa de esencias mezclada.

Al contemplar tu arqueada
Y reluciente cadera
Se iluminó tu bañera
Como una amante mirada.

Y desde entonces, malvada,
Aunque pases con severa

Ropa de luto ataviada,
Penetras en mi mirada
Como en tu blanca bañera.





BURBUJAS DE CHAMPAGNE

Á una vieja cortesana.

¿ En qué cofres de madera perfumada,
En qué estuche con esmaltes sorprendentes
Has guardado las tres perlas desmontadas
De las filas deslumbrantes de tus dientes ?

Tiene afluentes de postizos tu cabello,
Que resbala de tu frente en dos madejas
Agobiando la columna de tu cuello
Y escondiendo el rosicler de tus orejas.

En tus uñas el aliento de tu habano
Deja el oro de su tenue nicotina,

Y se eleva de tu boca ó de tu mano
Como cinta de preciosa serpentina.

El champagne encarcelado en la botella
Brinca libre de mordaza y ligaduras,
Y posándose en tus labios de grosella
Te sugiere espirituales travesuras.

Tu discurso es veleidoso é incongruente,
Son ruidosas las escalas de tus risas,
Y no observas á mi mano diligente
Que se entrega sin temor á sus pesquisas.

De mi brazo en la escalera semioscura
Subes rauda los estrechos escalones,
Recogiendo tu flotante vestidura
Y sonando el cascabel de tus canciones.

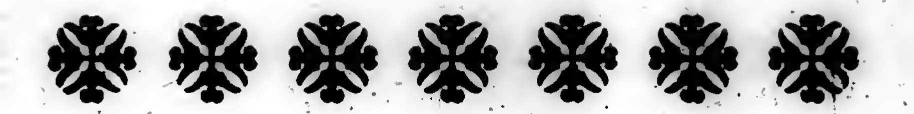
Echa luego los cerrojos de tu alcoba,
Quita el broche que sujeta tu vestido
Y acurrúcate en tu cama de caoba
Como el pájaro en el hueco de su nido.

Desentierra tu peineta y tus horquillas,
Y desata tu cobriza cabellera
Que desciende por tus hombros y mejillas
Cual virutas de balsámica madera.

En tus ojos hay fulgores de pecado,
En tu axila hay salomónicos aromas
Y en la caja de tu cuello torneado
Una música de arrullos de palomas.

Dame el vino, dame el vino de nirvana
Que cintila en tus pupilas hechiceras,
Y que el alba que se asoma á tu ventana
Me sorprenda contemplando tus ojeras.





DE HOFFMANN

Tengo miedo á ese murciélago con las alas extendidas
Que en el blanco cielo raso pone un triángulo luctuoso,
Produciendo escalofríos en tus formas ateridas
Y llenando nuestras almas de terror supersticioso.

Tengo miedo de la noche, tengo miedo hasta del brillo
De la luna y del reflejo de ese agudo rayo blanco
Que desgarra el cortinaje como una hoja de cuchillo
Y se entierra en la blancura transparente de tu flanco.

Me acobarda ver la mata de tu pelo tumultuoso
Que desata sus crespones enlutando tu belleza,

Y en tus hombros se divide cual si un cuervo tenebroso
Extendiera sus dos alas al posarse en tu cabeza.

Todo excita mis temores : ese lívido destello
Que te alumbra, y ese soplo que sacude tu cortina,
Y esa angosta cinta roja que da vuelta por tu cuello
Cual señal de haberte herido la sangrienta guillotina.

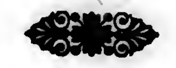
Ya el murciélago agorero del plafón se ha deslizado
Temeroso de la llàma que agoniza bajo el dombo
De la lámpara, y ahora representa estar bordado
Con estambres funerarios en la seda de tu biombo.

Cuál me espanta ver tu cuerpo que semeja el de una muerta,
Cuál me asustan los rumores que perciben mis oídos,
Y el enorme mastín pardo que vigila ante tu puerta
Y estirándose en la alfombra lanza lúgubres aullidos.

Están pálidos tus miembros, está yerta tu sonrisa,
Tu garganta con nervioso sobresalto se conmueve,
Y tus senos, bajo el lino virginal de tu camisa,
Están gélidos y blancos cual los copos de la nieve.

Manchan dos gotas de sangre la blancura de tu pecho,
Tus pies se unen cual si un clavo se tuviera en ellos fijo,
Y al abrir tus finos brazos retorciéndote en tu lecho
Reproduces la figura de un exangüe crucifijo.

En la calle lanza el viento su gemido de amargura,
Tus tapices se conmueven con extrañas sacudidas,
Y en la esfera de tu vientre, profanando su blancura,
Está el fúnebre murciélago con las alas extendidas.





TÚ NO SABES LO QUE ES SER ESCLAVO

Tú no sabes lo que es ser esclavo
De un amor imperioso y ardiente,
Y llevar un afán como un clavo,
Como un clavo metido en la frente.

Tú no sabes lo que es la codicia
De morder en la boca anhelada,
Resbalando su inquieta caricia
Por contornos de carne nevada.

Tú no sabes los males sufridos
Por quien lucha rendido y que ruega,

Y que tiene los brazos tendidos
Hacia un cuerpo que nunca se entrega.

Y no sabes lo que es el despecho
De pensar en tus formas divinas
Revolviéndose solo en su lecho
Que el insomnio ha sembrado de espinas.





INTERMEZZO

Á Luis Felipe Arias.

Zigzaguea la batuta,
Y comienzan los violines
Á mover su mano enjuta
Y gorjean los flautines.

El fagot luego murmura,
Y después gime la flauta
Descifrando la escritura
Intrincada de la pauta.

Puja el corno enmarañado
Como el tubo de una tripa,

Y el trombón cuelga cansado
Con el dejo de una pipa.

La batuta no reposa :
Zigzaguea como un rayo,
Se columpia cadenciosa
Y se inclina con desmayo.

Y se quejan, y se quejan
Irritados en las primas
Los violines que semejan
Un sutil chirriar de limas.

Un acorde dulce y blando
Borda el piano con ternura,
Riendo, riendo y enseñando
Su brillante dentadura.

Una alondra que reclama
Es el arpa, y el burlesco
Clarinete hace una gama
Que parece un arabesco.

Y no para la batuta,
La batuta milagrosa,
Como vara diminuta
De hechicera prodigiosa.

Los tirantes arcos como
Lanzaderas diligentes,
Ora juntas caen á plomo,
Ora vibran impacientes.

Y se quejan y se quejan
Irritados en las primas
Los violines que semejan
Un sutil chirriar de limas.

Los pistones retumbantes,
El oboe adolorido,
Todos suenan implorantes
Reventando en un gemido.

Una dulce y vaga pena
Se adivina en cada nota
Y la artística melena
De Mascagni se alborota.

Y en las cuerdas lastimados
Los violines quejumbrosos,
Deshenebran desolados
Sus rosarios de sollozos,
De sollozos,
De sollozos.





GUATEMALA

(*Natura tantum formosa*)

Al recuerdo de Domingo Estrada.

Lontananzas deliciosas y confines ideales
De volcanes puntiagudos y tupidos cipresales,

Lindas tardes entoldadas por los cobres luminosos
De los cúmulos espesos y los cirros vaporosos,

Frescas noches en que vierte la marimba sus gemidos
Bajo el cielo salpicado de luceros encendidos.

La floresta forma verdes delantales en los flancos
De las cónicas montañas, y tapiza los barrancos

De taludes escabrosos con alfombras de verdura
Donde corren los sonantes arroyuelos de agua pura;

Las lagunas se destacan como espejos siempre azules
Cuyas márgenes adornan las pestañas de los tules,

Y los mares se encarrujan y se abomban en la orilla
Como falda sobre el grano de morena pantorrilla.

Arrogantes como un talle y apostadas en hileras
Sus vistosos abanicos desarrugan las palmeras,

Los esbeltos platanares entrelazan sus airones
Imitando cuando crujen un flotar de pabellones;

En la siembra los cafetos lucen su hoja barnizada
Y sus tièrnos tallos donde la semilla está pegada;

Las flexibles cañas mueven sus carrizos cimbradores
Produciendo dulces ritmos y bucólicos rumores;

Las neblinas se descuelgan cual finísimas espumas
Envolviendo los bambúes que parecen grandes plumas,

Y el quetzal en los encinos labra un túnel donde mete
El arcoiris de su cola y el morrión de su copete.

Tus mujeres hechiceras son portento de hermosura :
De nerviosos pies pequeños y de lánguida cintura,

De tupidas y sedosas cabelleras de obsidiana
Y expresivos ojos grandes del color de la avellana,

De contornos ondulantes que á los hombres vuelven locos
Y de boca dulce y fresca como el agua de los cocos.

En el día luce el cielo con fulgores tropicales,
Y al arribo de la noche prende trémulos fanales

En su campo azul oscuro, como si una moza bruna
Se ataviara con diamantes y una blanca media luna ;

Cuando llueve, el cortinaje de las nubes se deshila
Figurando largos flecos de mantones de Manila;

Cuando niebla, flotan brumas como diáfanos linones
Que los árboles ahopan con sutiles algodones,

Y perennemente vive decorada la pradera
Con las hojas y las flores de la alegre primavera.





DE ROJO

¿Por qué cruel coquetería
Te place, amiga, el color rojo,
Rojo encendido que vería
El sol poniente con sonrojo?

Arde en el raso ensangrentado
Que con amor tu cuerpo toca,
En el clavel de tu tocado
Y en los corales de tu boca.

Al descender de tu carruaje
Fulgió en tu espléndida mantilla,

Y bajo la orla de tu traje
En tu pequeña zapatilla.

En la tendida escalinata
Donde marchabas impaciente,
Como un relámpago escarlata
Brilló en tu media transparente.

Y al avanzar por la crujía
Pródigamente iluminada,
Tu falda roja parecía
Una crujiente llamarada.

En el teatro luminoso
Se destacaban trajes ricos
De seda y raso esplendoroso
Y negligentes abanicos.

Cual mariposa al reverbero,
Como las rápidas bandadas
De golondrinas al alero
Á ti volaron mis miradas.

Estabas llena de hermosura,
Y entre tus galas deslumbrantes
Sólo irradiaba la blancura
Inmaculada de tus guantes.

Tus labios eran rojas fresas,
Y en tus orejas sonrosadas,
Había gemas como gruesas
Gotas de sangre coaguladas.

Cuando lanzabas al soslayo
Los relucientes terciopelos
De tu mirar, me hería el rayo
Rojo y terrible de los celos.

Pero el más vivo de los rojos
Era el afán irrefrenado
Que contemplabas en mis ojos
Cuando te hablaba conturbado.

Al arroparte con tu abrigo,
Posesionado de ansia loca

Marqué el satín de tu hombro amigo
Con el cauterio de mi boca.

Y adormecido de ilusiones
Te tuve en sueños en mi pecho
Entre los tintos edredones
Y las batistas de tu lecho.





QUÉ AFÁN EL QUE ME AGITA

Á Fidel Rodriguez Parra.

Qué afán el que me agita viendo partir la nave
Que borda sobre el agua su fugitiva estela,
Qué afán el que me agita viendo pasar un ave,
Viendo extenderse un ala, viendo abrirse una vela.

Cruza un celaje tenue como menuda escarcha
Moviendo su envoltura de vaporoso lino,
Y miro con anhelo su silenciosa marcha,
Con un anhelo enorme de seguir su camino.

Cautivo desdichado que vive tras su reja
Frente al jirón de cielo que envuelven sus miradas,

Contemplo con envidia todo lo que se aleja;
Las negras golondrinas y las nubes doradas.

En el vagón estrecho quiero sentirme á solas
Viendo correr los árboles cuyo follaje trina,
Ó ir sobre cubierta viendo pasar las olas
Cual náyades veloces de trenza cristalina.

El viaje que ambiciono mejor cuanto más presto,
No aprieto ningún nudo pensando en el arribo
De la posible marcha, y estoy siempre dispuesto
Á abordar una escala ó á brincar á un estribo.





DE LOS SÁTIROS TRAIDORES

Á Amado Nervo.

De los sátiros traidores
De las selvas moradores,

De los sátiros traviesos
Que en los bosques daban besos

Y poblaban de locuras
Las agrestes espesuras ;

De los sátiros bribones
Que engañaban con canciones

Á las ninfas inocentes
Que surgían de las fuentes

Á lucir su torso fino
De color alabastrino;

De los faunos voluptuosos
Que exploraban sigilosos

Á la hora de la siesta
La balsámica floresta,

Sorprendiendo en sus guaridas
Á las náyades dormidas,

Ó corrían por veredas
Y tupidas arboledas

Tras deidad intransigente
Convertida de repente

En siringa quejumbrosa
Ó fontana rumorosa;

De los sátiros traidores
De las selvas moradores,

Yo fuí el más enamorado,
El más tierno y más osado

Y que hizo más locuras
En las verdes espesuras.

Tras el biombo de las ramas
Yo encendí las rojas llamas

De mis lúbricas pupilas,
Contemplando en las tranquilas

Linfas puras y rizadas
El cortejo de las driadas.

Bajo el lecho de los nidos
Yo aguzaba los oídos,

Curioseando el dulce anhelo
De las tórtolas en celo ;

Yo aspiré el aura ligera
Que era dulce mensajera

De los pólenes dorados
De los lirios destapados,

Ó escuchaba las resinas
Crepitar en las encinas

Y la marcha misteriosa
De su savia vigorosa.

En mi vida por el prado
Yo estampé desatentado

En la tierra humedecida
Mi pezuña dividida,

Derribando en las quebradas
Á las ninfas espantadas,

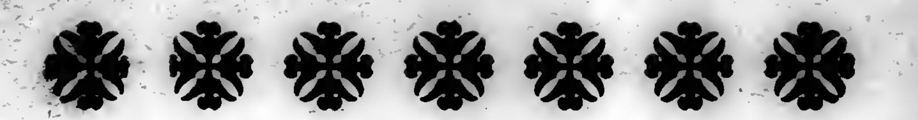
Restregando los vellones
De mi barba en sus pezones,

Y mis cuernos aguzados
En sus muslos torneados

De lunar cristal de roca
Que lustraba con mi boca.

Yo fuí el más enamorado
El más tierno y más osado

De los sátiros traidores
De las selvas moradores.



ALEGORÍA

No ignoráis lo que es un buzo :
Un hombre experto y audaz
Que deja la playa, donde
La luz y la dicha están,
Y despreciando el peligro
De que un tiburón voraz
Comedor de carne humana
Lo despedace quizá,
Ó de que una manta hambrienta
Plegando su delantal
Chupe hasta la última gota
De su sangre sin piedad,
Ó de que entre rocas preso,
Por falta de aire y no más

Le sirva el salobre golfo
De lápida funeral,
En busca de hermosas perlas
Se lanza al fondo del mar.

Desciende el buzo al abismo
De lóbrega oscuridad,
Y entre el bosque de madréporas
Y los huertos de coral,
Y la espesura de esponjas,
Y el grupo de algas que va
Navegando entre las aguas
Como ligero cendal,
Alarga el seguro brazo
Hacia una concha sin par
Que es tal vez el cofre hermoso,
El estuche natural
De la perla de más brillo,
Más tamaño y más beldad,
Y contento del hallazgo
Que lo ha llenado de afán
Lo aprieta con mano trémula,
Y destrozando el cristal
De las sosegadas olas
Sale del fondo del mar.

Si la sonrosada concha
Por feliz casualidad
Guarda en su hueco una perla
De perfección ideal,
El buzo que la ha sacado
De las ondas á pesar
De la peligrosa manta
Ó del tiburón voraz,
Puede obtener oro en cambio
Ó adquirir la libertad,
Y en una regia corona
Ó en un suntuoso collar,
Lucir la nítida perla
De esplendidez imperial,
Que es del oriente más puro
Y de hechizo singular,
Por ser acaso una lágrima,
Cristalización quizás,
De la gota más salobre
De los abismos del mar.

Pues como el experto buzo
Que el piélago explora audaz,
Yo exploré mi pecho ansioso,
Y en la densa oscuridad,
Entre las amargas dudas

Y los bancos de pesar;
En mi corazón ardiente
Que modulaba al compás
De vuestro favor ó enojo
Su intermitente tictac;
En el hueco más oculto,
Colocada en la mitad
De la entraña infatigable
Que palpita pertinaz,
Como en una concha rara
Y asombrosa, que en lugar
De ser sonrosada es roja,
Encontré para mi mal
Una perla más brillante
Que las perlas de Ceilán,
Más hermosa que las perlas
Pescadas en Panamá,
Un ferviente amor que es vuestro,
Vuestro solo y nada más.
Pero si porque hay razones
De extraña fatalidad,
Ni yo os lo puedo ofrecer
Ni vos lo podéis guardar,
Que vuelva al fondo del pecho
El vivo y oculto afán,
Para no aparecer nunca,
Para no salir jamás,

Que la perla transparente
De perfección ideal,
Ni luzca en regia corona,
Ni brille en grueso collar,
Sino que se hunda y se entierre
Donde no la miréis más,
Entre cadenas de rocas
Ó dédalos de coral,
Que se esconda para siempre,
Que vuelva al fondo del mar.





YA LA LLUVIA HA DESTEJIDO SUS CENDALES

Ya la lluvia ha destejido sus cendales,
Y las nubes han obstado las colinas;
Ya no más tardes azules y divinas
Ni ponientes luminosos y triunfales.

En tus ojos que me ven tras los cristales
El fastidio también tiende sus neblinas,
Ya las nubes han obstado las colinas
Y la lluvia ha destejido sus cendales.

En tu alcoba de penumbras florestales
En la noche enlazaré tus formas finas

Con mis miembros como lianas tropicales,
Y que afuera cuelgue el agua sus cendales
Y obste el velo de las nubes las colinas.



SONETOS GALANTES



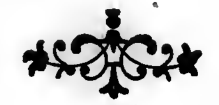
Á UNA RUBIA

Tisúes y satines soberanos
Se unen para formar tu blondo pelo,
Y se antoja de suave terciopelo
Según es fino el dorso de tus manos.

Tus pestañas hilaron los gusanos
De seda con solícito desvelo,
Y son tus ojos zarcos como el cielo,
Cual los montes cerúleos y lejanos.

La inefable sonrisa de Gioconda
Se dibuja en tu labio, hay una honda
Dulzura en tus pupilas nazarenas,

Finge un toque de luz tu ceja flava,
Y siendo del país de las morenas
Pareces una diosa escandinava.





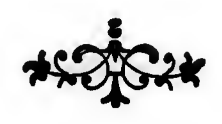
DE GOYA

Tú debes ser, morena, de Sevilla,
Bailar jotas al ritmo del pandero,
Y ser la maja novia de un torero
Que busque en el tendido tu mantilla.

Debes mojar en rubia manzanilla
Tu labio mentiroso y hechicero,
Y hacer ostentación de tu salero
Entonando la alegre seguidilla.

Debes oír, si sales á tu reja,
El son de la guitarra que se queja
De desdén en su idioma de sollozos,

Y terciado el mantón crujiente y rico
Marchar sobre las capas que los mozos
Extienden á tus pies en abanico.





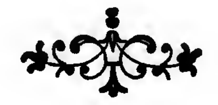
LOS CORALES

Caprichos de la moda, amantes dones,
Frescos mirtos ó rosas delicadas,
Ora adornan orejas nacaradas,
Ora cuellos que envidian los pichones.

Ya sus granos alinean en renglones
Produciendo sonrojo á las granadas,
Ya en rosarios de cuentas sonrosadas
Que sostienen suntuosos medallones.

Yacen en las honduras submarinas
Para gala de senos estelares,
Y son sangre que vierten las ondinas

Al herirse en las rocas de los mares,
Formando brazaletes y collares
Con sus hilos de gotas purpurinas.





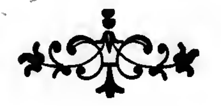
PERFIL

Tienes el porte altivo de una infanta,
Irónico tu labio, tu cabeza
Numismática indica tu nobleza
Y es de pulido mármol tu garganta.

Y tamaño prestigio, pompa tanta
Los escondes en claustro de tristeza,
Y posees la gracia y la belleza
Y no quieres vasallos á tu planta.

Hecha para reinar vives reclusa,
Tu orgullo á los requiebros se rehusa,
Y si algún atrevido te corteja,

Esgrimes tu pupila fulgurante
Bajo el arco tupido de tu ceja,
Y nublas tu borbónico semblante.





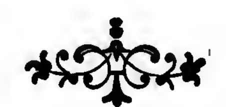
A UNA PÁLIDA

Hada de los glaciares, tu divina
Palidez la robaste á los luceros,
Y son árticas noches tus severos
Ojos que la ternura no ilumina.

Si alguien á conquistarte se encamina,
Lo asaltan tus desdenes, cual los fieros
Osos á los impávidos viajeros
Que avanzan por la estepa cristalina.

Y lo mismo que el polo, es un arcano
Tu frío corazón que late en vano,
Pues quien sintiendo afanes amorosos

Á marchar por sus témpanos se atreve,
Ó muere devorado por los osos
Ó expira sepultado entre la nieve.





EN EL BAILE

Te arrastraba en el cauce desbordado
Del baile, desafiando la fatiga,
Y sentía en mis sienes una espiga
Suelta de tu magnífico tocado.

Al cruzar su destello electrizado
Nuestros ojos, tramaban una intriga,
Y como el ave incauta por la liga
Yo estaba por tu hechizo aprisionado.

Tus senos eran ánforas de aromas,
Y al sellar su contorno venusino
Empapó de carmín tus blancas pomas

El golpe de mi beso repentino,
Como mancha el plumón de las palomas
El plomo sanguinario y asesino.



ÍNDICE



ÍNDICE

Hilo de corales.

Sonetos galantes.

PARÍS. — IMPRENTA DE LA V^DA DE CH. BOURET.

EN LA MISMA LIBRERIA

BLEST-GANA
La aritmética en el amor. 2 t. 12.
El ideal de un calavera. 2 t. 12.
Martín Rivas. 2 t. 12.
El pago de las deudas. 1 t. 12.
La Fascinación. 1 t. 12.

CASTERA (PEDRO)
Carmen. Historia de un corazón. 1 t. 12.

CHAMPSAUR
El nido vacío. 1 t. 12.

CHATEAUBRIAND
Atala y René. 1 t. 12.

DECOURCELLE
Los dos Pilletes. 2 t. 12.

ALEJANDRO DUMAS
El capitán Pablo. 1 t. 12.
El caballero de Casa Roja. 2 t. 12.
El caballero de Harmental. 2 t. 12.
La Hija del regente. 2 t. 12.
Compañeros de Jehú. 2 t. 12.
El conde de Montecristo. 7 t. 12.
La condesa de Salisbury. 1 t. 12.
La guerra de las mujeres. 2 t. 12.
Memorias de un médico. 6 t. 12.
El collar de la reina. 4 t. 12.
Ángel Pitou. 2 t. 12.
La condesa de Charny. 5 t. 12.
Los mil y un fantasmas. 3 t. 12.
Los Mohicanos de París. 10 t. 12.
Napoleón. 1 t. 12.
La reina Margarita. 2 t. 12.
La Dama de Monsoreau. 3 t. 12.
Los Cuarenta y Cinco. 4 t. 12.
La San Felice. Emma Lyonna. 8 t. 12.
Sultanetta. 1 t. 12.
Los tres Mosqueteros. 3 t. 12.
Veinte años después. 4 t. 12.
El Vizconde de Bragelonne. 6 t. 12.
Isabel de Baviera. 2 t. 12.
La Regencia. 1 t. 12.
Luis XV. 2 t. 12.
Las Lobas de Machecoul. 3 t. 12.
El Speronare. 2 t. 12.
El capitán Arena. 1 t. 12.
El Corricolo. 2 t. 12.
Un año en Florencia. 1 t. 12.
La Villa Palmieri. 1 t. 12.
Las orillas del Rin. 2 t. 12.
Quince días en el Sinaí. 1 t. 12.
La Suiza. 3 t. 12.

DUMAS HIJO
La Dama de las Camelias. 1 t. 12.

ENSEÑAT
Tritón. 1 t. 12.
Por la honra. 1 t. 12.

FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ
Dama de Noche. 1 t. 12.

FRONTAURA
Caricaturas y retratos. 1 t. 12.
Galería de matrimonios. 1 t. 12.

GAMBOA (FEDERICO)
Suprema ley. Novela Americana. 1 t. 12.

GENLIS
El sitio de la Rochela. 1 t. 12.

GÓMEZ CARRILLO
Del amor, del dolor y del vicio. 1 t. 12
La bohemia sentimental. 1 t. 12.

HERNÁNDEZ
Desequilibrio. (*Novela psicológica*). 1 t. 12.

HUGO
De orden del rey. 2 t. 12.

ISO ALFARO
Malditas sean las mujeres. 1 t. 12.

JORGE ISAAC
María. Novela Americana. 1 t. 12.

P. DE KOCK
El Prado de amapolas. 2 t. 12.

LÓPEZ PENHA
Desposada de una sombra. 1 t. 12.

P. LOTI
Mi hermano Ives. 1 t. 12.

MARY (JULIO)
La Novela de un marido. 1 t. 12.
— una hija. 1 t. 12.

MEJORES AUTORES ESPAÑOLES
Novelas cortas. 1 t. 12.
Mejores cuentos. 1 t. 12.

NOMBELA
Historia de un minuto. 1 t. 12.
La novela de una joven. 1 t. 12.
La piedra filosofal. 1 t. 12.
La realidad de un sueño. 1 t. 12.
Un hijo natural. 1 t. 12.
La niña de oro. 1 t. 12.
El secreto de la vida. 1 t. 12.
Bisutería literaria. 1 t. 12.
El último duende. 1 t. 12.
La dicha de un desdichado. 1 t. 12.
La semilla y el fruto. 1 t. 12.

PARDO
Villabrava. Novela Americana. 1 t. 12.

PEZA (JUAN DE DIOS)
Memorias, reliquias y retratos. 1 t. 12.

RUBÉN DARÍO
Peregrinaciones. 1 t. 12.

SAVAGE
Esposa oficial. 1 t. 12.

SIENKIEWICZ
El Diluvio. 2 t. 12.

SIERRA (JUSTO)
Cuentos románticos. 1 t. 12.

ANDRÉ THEURIET
Flavia. 1 t. 12.

VARGAS VILA
Aura. Emma. Lo irreparable. 1 t. 12.
Las Rosas de la tarde. 1 t. 12.
Copos de espuma. 1 t. 12.

WISEMANN
Fabiola. 2 t. 12.

ZOLA EMILIO
La caída del Padre Mouret. 2 t. 12.
Los Misterios de Marsella. 2 t. 12.

ALTAMIRANO
Clemencia. 1 t. 8 oblongo con grabados.

BOURGET
La Etapa. 1 t. 12.
El Fantasma. 1 t. 12.

CASTANIER
La Orgía romana. 1 t. 8 oblongo con grabados.
Cortesana de Menfis. 1 t. 8 oblongo con grabados.

COPPÉE (FR.)
El Culpable. 1 t. 12.

A. DAUDET
La Capilla del Perdón. 1 t. 12.
Cabeza de Familia. 1 t. 12.

DE BRAY
La venganza de una madre. 1 t. 12.

DOMINICI
Dionysos. 1 t. 8 oblongo con grabados.

C. FLAMMARION
Urania. 1 t. 12 con grabados.
El Fin del mundo. 1 t. 12 con grabados.
Estela. 1 t. 12.

HALEVY (LUDOVICO)
El Abate Constantino. 1 t. 8 obl. ilustrado.

LOUYS (P.)
Afrodita. (150 grabados.) 1 t. 8 oblongo.

MASSÓN
Napoleón y las mujeres. 1 t. 8 obl. ilustrado

MAUPASSANT (G. DE)
El buen mozo (más de 100 gr.). 1 t. 12.

J. OHNET
La dama vestida de gris. 1 t. 12.
Un antiguo rencor. 1 t. 12.
La hija del diputado. 1 t. 12
Inútil riqueza. 1 t. 12.
El Cura de Favieres. 1 t. 12
El Rey de París. 1 t. 12.
En el fondo del abismo. 1 t. 12.
La gente alegre. 1 t. 12.
La Tenebrosa. 1 t. 12.
El Aventurero. 1 t. 12
Camino del amor. 1 t. 12.
El vendedor de veneno. 1 t. 12.

M. PREVOST
Vírgenes á medias. 1 t. 12.
Otoño de una mujer. 1 t. 12 con lám.
Princesa de Erninge. 1 t. 12.

REBELL
La Nichina. 1 t. 8 oblongo ilustrado.

STENDHAL
Amistad amorosa. 1 t. 12.

VARGAS VILA
Obras.

(Véase el catálogo completo)